siempre sobre su asunto favorito, y sobre el único y misterioso tema de tan estraordinaria mujer, que es una maga moderna, y que me recordaba las famosas magas de la antigüedad.... Circe de los desiertos.

Me pareció que las doctrinas religiosas de esta mujer eran una mescolanza estraordinaria y confusa de las de los diferentes paises en que su capricho le habia condenado á vivir. Misteriosa como los druzos, cuyo mistico secreto sea ella quizá la única en el mundo que lo haya llegado á penetrar, resignada y fatalista como el musulman, judía al esperar la venida del Mesías, y finalmente, cristiana adorando á Jesucristo, y siguiendo su caritativa moral. Añádanse á esto los fantásticos jiros y los estraordinarios ensueños de una imaginacion que ha tomado la tintura del Oriente, y que se ha exaltado con la soledad y la meditacion: quizá haya recibido tambien revelaciones de los astrólogos de la Arabia, y se podrá formar idea de este conjunto singular, que es mas cómodo y sencillo llamarlo locura, que analizarlo y comprenderlo. Pero nó: esta mujer no está loca. La locura, que se nota de un modo evidente en los ojos, dista mucho de hallarse impresa en su hermosa y serena mirada; y la locura que se descubre siempre en la conversacion, cuya continuacion y enlace interrumpe con bruscos estravíos, inoportunos y desordenados, no se observa de ningun modo en la conversacion elevada, variada y mística, pero sostenida, encadenada y fuerte de Lady Esther. Cierto es que dice cosas inconciliables con la razon, por la muchedumbre de errores contrarios que envuelven; pero si me fuese preciso pronunciar

mi voto, diria que era una locura voluntaria, estudiada ó facticia; y que conociéndose á sí misma, tenia sus razones para quererlo parecer. La poderosa admiracion que el genio de esta mujer ha escitado y escita aun sobre las poblaciones árabes que rodean los montes, prueba bastante que esta pretendida locura no es otra cosa que un medio empleado por ella. Para entusiasmar á los hombres de esta tierra de prodigios, á estos hombres de las peñas y de los desiertos, cuya imaginacion es tan original y nebulosa como el horizonte de sus arenas y de sus mares, es sumamente á propósito la palabra de Mahoma ó de Lady Stanhope. Pláceles que se les hable de la influencia de los astros; gustan de la adivinacion y de las maravillas asombrosas, y necesitan un genio de segunda intencion. Lady Stanhope lo ha comprendido desde luego por el alcance de su inteligencia, que no es ciertamente comun; y como todas las criaturas dotadas de sobresalientes facultades intelectuales, ha concluido tal vez por seducirse á sí misma, y por ser la primera neófita del símbolo que ha formado para los demás. Tal es el efecto que esta mujer ha producido en mí: no se la puede juzgar ni clasificar con una palabra; es como una estátua colosal, que es necesario verla á la distancia de su punto de vista. No me sorprenderia que un dia se realizase una parte del destino que á sí misma se promete, y se alzase hasta un trono en Arabia, ó en Jerusalen. La menor conmocion política en la region del Oriente que habita, podria elevarla hasta ocuparlo. En esta materia, la dije, solo tengo un cargo que hacer á vuestro genio: el de haber sido demasiado tímida con los

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

tante raro para poder alimentar la ilusion de una credulidad vulgar en unos pueblos medio bárbaros. La yegua tenia en vez de hombros una ancha y profunda cavidad que imitaba tan perfectamente la forma de una silla turca, que podia decirse que habia nacido ensillada: tenia ademas otras dos cavides en los puntos donde deben caer los estribos, en términos que se la podia montar sin necesidad de silla artificial. Esta yegua, en todo lo demas tan perfecta, parecia acostumbrada al respeto que se la manifestaba por Lady Stanhope y sus esclavos, como si presintiese su dignidad futura. No la ha montado nadie; dos palafreneros árabes la cuidan y vigilan constantemente sin perderla un instante de vista. Otra yegua blanca, y á mi parecer infinitamente mas hermosa, participaba con la otra del respeto y del cuidado de Lady Stanhope. Tampoco la ha montado ninguno. Lady Esther no me lo dijo, pero me dió á entender que aunque el destino de la yegua blanca no fuese tan elevado, tenia tambien uno muy importante y misterioso, y yo sospeché que Lay Esther la reservaba para montarla ella misma el dia que hiciese su entrada al lado del Mesías en la reconquistada Jerusalen. Despues de haber hecho pasear un rato estos dos animales soberbios, sobre un terreno sembrado de yerba fuera del recinto del patio, y despues de haber admirado su agilidad y su gracia, nos retiramos, y yo renové mis instancias á Lady Esther para que me permitiese presentarla á mi amigo y compañero de viaje Mr. de Parseval, el cual me habia seguido contra mi voluntad, y esperaba inútilmente desde aquella mañana un favor que

ella prodigaba tan poco. Me concedió por fin esta licencia, y los tres entramos para pasar juntos la velada en la pequeña sala en que me habia recibido. Volvieron á servirse el café y las pipas con la profusion oriental, y al cabo de algun rato la sala se llenó de tal nube de humo, que no veiamos el rostro de Lady Stanhope sino al través de una atmósfera semejante á la mágica atmósfera de las evocaciones. Ella habló con la misma fuerza, la misma gracia y fecundidad; pero con menos elevacion y sobre asuntos menos sagrados para ella, que los que conmigo sola habia tratado en el resto del dia.

—Creo, me dijo, que sois aristócrata, no tengo duda en ello.

—Os engañais, Milady, la contesté. Yo no soy ni demócrata ni aristócrata: he vivido bastante para poder ver el anverso y el reverso de la medalla de la humanidad, y para encontrarlos tan vacios al uno como al otro. No soy, repito, ni aristócrata ni demócrata: soy hombre simplemente: soy partidario esclusivo de todo lo que pueda mejorar y perfeccionar al hombre, ya sea que haya nacido en la cumbre ó al pie de la escala social: no estoy ni por el pueblo, ni por los grandes; estoy por la humanidad entera; y no puedo atribuir á las instituciones aristocráticas ó á las democráticas la esclusiva virtud de perfeccionar la humanidad: esta virtud no existe sino en una moral divina, que es el fruto de una religion perfecta. La cilizacion de los pueblos consiste en su fe.

—Es verdad, respondió: no obstante, yo soy aristócrata, bien á mi pesar. Convendreis conmigo

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

añadió, que si hay vicios en la aristocracia, hay al menos al lado de ellos elevadas virtudes; en la democracia yo solamente puedo ver los vicios, y los vicios mas bajos y envidiosos, y no encuentro las virtudes.

—No es eso Milady, respondí: en los dos lados hay vicios y virtudes; pero en las altas clases estos vicios tienen cierto barniz de esplendor, al paso que en las clases bajas estos vicios se muestran en toda su desnudez, y hieren con mas fuerza el sentimiento moral del que los observa: la diferencia está en la apariencia, y no en el hecho; pero en realidad el vicio es mas criminal en el rico, elevado é instruido, que en el hombre sin ilustracion ni subsistencia: en el uno el vicio es puramente voluntario: en el otro es casi consecuencia de su situacion. Despreciad el vicio donde quiera que le halleis, Milady; pero despreciadle mas aun en la aristocracia; no juzgueis á la humanidad por clases, sino por individuos. Los grandes tendrian sin duda los vicios del pueblo, si fuesen miembros de la plebe, y los plebeyos los vicios de los grandes si hubiesen nacido en su elevada clase. La balanza es igual, y no hay necesidad de comparar.

—Sea así, me dijo ella: mas dejadme creer que sois aristócrata como yo, porque me costaría trabajo persuadirme, que perteneceis al número de esos jóvenes franceses que agitan y sublevan la espuma popular, que Dios, la naturaleza y las sociedades han formado, y que derribando el edificio, construyen de sus ruinas un pedestal sobre el que elevan su bajeza envidiosa.

—No, la repliqué: tranquilizaos sobre ese punto; yo no soy de esos hombres, pero sí de aquellos que no desprecian á los que están debajo en el órden social, y que respetan al mismo tiempo á los que están encima, y cuyo deseo sería llamar á todos los hombres independientes de las gerarquías arbitrarias de la política, á la misma luz, á la misma libertad, y á la misma perfeccion; y puesto que sois religiosa y creeis que Dios ama igualmente á todas sus criaturas; puesto que esperais un segundo Mesías para remediar todas las cosas, debeis pensar sin duda como yo.

—Si, contestó; pero yo no me ocupo de la política humana; estoy cansada de ella: he visto bastante en los diez años que he pasado en el gabinete de mi tio Mr. Pitt, en el que han resonado en derredor de mí todas las intrigas de Europa. Desde jóven he despreciado la humanidad, y no quiero que me hablen de ella. Todo lo que los hombres hacen por sus semejantes, es sin fruto: las formas me son indiferentes.

—Y á mí tambien, repliqué: el fondo de las cosas es Dios y la virtud: yo pienso exactamente así; estamos acordes, y no debemos hablar mas sobre este punto.

Pasamos despues á menos graves materias, y chanceando sobre esa especie de adivinacion que la hacia comprender enteramente á un hombre á la primera mirada y á la sola inspeccion de su estrella, quise poner á prueba su sabiduría; á cuyo fin la pregunté sobre dos ó tres viajeros conocidos mios que ella habia visto pasar de quince años á esta parte; y quedé admirado de la perfecta exactitud de su juicio acerca de estos hombres. Entre otros analizó con una perspicacia prodigio-

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

sa, el carácter de uno, que yo conocia muy bien, cuyo fondo dificil de penetrar á primera vista era ruin, pero oculto bajo las mas sencillas apariencias, y las mas seductoras muestras de bondad: y lo que completó mi asombro y me hizo admirar su memoria, fué que este viajero no habia estado en su compañia sino dos horas, y que habian pasado diez y seis años entre esta visita y los detalles que me dió. La soledad concentra y fortifica todas las facultades del alma: los profetas, los santos, los grandes hombres y los poetas, lo han comprendido maravillosamente; y su naturaleza hace buscar á todos estos priviligiados seres el desierto ó el aislamiento de los hombres.

Bonaparte tuvo lugar como siempre en la conversacion; yo la dije que creia que su fanatismo por este hombre era otro motivo para que disintiésemos en nuestras opiniones; me contestó que no habia sido fanática sino por sus desgracias, y por compasion hacia él; la dije que me sucedia lo mismo, y convenimos tambien en esta parte.

Yo no podia esplicarme á mi propio, cómo una mujer religiosa y moral admiraba la fuerza sola sin la religion, sin la moral y sin la libertad. Bonaparte fué sin duda un grande reedificador; él reedificó el mundo social, pero no atendió bastante á los elementos de que le componia, y amasó la argamasa de su estátua con el barro del interés personal, en lugar de formarla de los sentimientos divinos y morales que son la libertad y la virtud.

Pasó la noche en recorrer libremente y sin afectacion por parte de Lady Esther todas las materias que suscita una palabra, y que lleva la conversacion al acaso. Yo conocí que á su alta inteligencia no

faltaba ninguna cuerda, y que todas las teclas de su clave producian un sonido acorde y lleno, con escepcion de la cuerda metafísica, que la demasiada tension habia hecho discordar, y sacado de su diapasón. Así nos separamos, yo con sincero sentimiento y ella tambien con sentimiento, espresado al menos por atencion.

No hablemos de despedida, me dijo: nos volveremos á ver frecuentemente en este viaje, y mas frecuentemente aun en otros, que ni siquiera habeis proyectado. Idos á descansar, y acordaos que dejais una amiga en las soledades del Líbano.

Me tendió su mano, yo la coloqué sobre mi corazon, segun la costumbre de los árabes, y salimos de su presencia.

A las cuatro de la mañana del dia siguiente Mr. de Parseval y yo estábamos á caballo sobre la escarpada pendiente que baja de un monasterio al profundo valle que forma el torrente de Belo: vadeamos las aguas, secas por el estío, y comenzamos á subir las altas montañas del Líbano que separan á Dgioun de Deir-el-Kammar, ó convento de la Luna, palacio del emir Beschir, príncipe soberano de los druzos y de todas las montañas del Líbano. Lady Esther nos habia hecho acompañar de su médico para que nos sirviese de dragoman, y de uno de sus árabes palafreneros á fin de que nos guiase. Despues de dos horas de marcha llegamos á un valle muy profundo, mas estrecho y mas pintoresco que todos los que habiamos recorrido.

A derecha é izquierda se elevaban como dos murallas perpendiculares de trecientos ó cuatrocientos pies de altura, dos cadenas de montes que

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

parecian haber sido recientemente separadas á golpes de martillo por el arquitecto universal de los mundos, ó quizá por el temblor de tierra que conmovió el Líbano hasta sus cimientos, cuando el Hijo del hombre entregando su alma al Padre no lejos de estos montes, exhaló aquel suspiro postrero que ahuyentó el espíritu de error, de opresion y de mentira: soplo de verdad, de libertad y vida para un mundo reconstruido. Los gigantescos peñascos desprendidos de los dos flancos de estos montes, sembrados como las piedras esparcidas por la mano de los niños en el fondo de un arroyo, formaban el cáuce horrible, profundo, inmenso y erizado de este barranco seco. Algunas de estas peñas eran masas de mayores dimensiones, que las de los altos edificios: las unas estaban sentadas á plomo como cubos sólidos y perpétuos; las demas suspendidas sobre sus ángulos, y sostenidas por la presion de otras rocas ocultas, parecian estar aun cayendo, y rodar siempre, presentando la imágen de una ruina en accion, de una caida continua, de un caos de piedras, de una mole desprendida é interminable de peñas: rocas de color fúnebre negro ó pardo, con vetas de fuego y de blanco, opacas, y ondas petrificadas en un rio de granito. No aparecia una gota de agua en los profundos intersticios de este cáuce, calcinado por el sol ardiente de la Siria; ni una yerba, ni un vástago, ni una sola planta que se encaramase por este precipicio, ni sobre las pizarrosas pendientes que formaban monstruosas almenas á los dos lados del abismo. Era un océano de piedras, una catarata de rocas, á la cual la diversidad de forma, la variedad de asientos, la estrañeza de las caidas, y el

fuego de las sombras ó de la luz sobre los flancos ó sobre la superficie, parecian prestar fluidez y movimiento. Si el Dante hubiera querido pintar en uno de los círculos de su infierno, el infierno de las piedras, el de la aridez de las ruinas y de lo caduco de las edades, simplemente hubiera debido copiar esta escena. Ella es un rio formado con las últimas aguas en las horas postreras del mundo, cuando el fuego lo haya todo consumido, cuando la tierra, descubriendo sus entrañas, no sea mas que una mole mutilada de piedras calcinadas bajo las huellas del terrible juez que vendrá á visitarlas.

Seguimos dos horas este valle de las lamentaciones, sin que la escena sufriese mas variacion que la de las diferentes direcciones que tomaba el barranco entre los montes, y la del modo mas ó menos terrible con que estaban agrupadas las rocas. Jamás se borrará este valle de mi imaginacion; él ha debido ser la tierra de la poesía terrible y de las lamentaciones humanas: el acento patético y grandioso de las profecías, se hace sentir en su grave y grandiosa naturaleza. Todas las imágenes de la poesía bíblica estan grabadas con letras mayúsculas en el aspecto sinuoso del Líbano, de sus doradas cumbres, de sus amenos valles, y de sus valles mudos y muertos. El espíritu divino, la inspiracion sobrehumana que ha soplado en el fondo de las almas y que ha agitado las cuerdas de las arpas del pueblo poético, á quien Dios hablaba por símbolos y por imágenes, heria mas fuertemente la vista de los bardos sagrados desde su infancia, nutriéndolos con una leche mas fuerte y mas crasa que á nosotros,

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

viejos y tristes herederos del arpa antigua; nosotros, que solo tenemos á la vista una naturaleza suave y cultivada; naturaleza civilizada; pero tan desfigurada como nosotros mismos.

A mediodia llegamos á los encumbrados montes que teníamos que atravesar, y comenzamos á bajar por los senderos mas escarpados, en los cuales los pies de nuestros caballos temblaban sobre las movedizas piedras que solas nos separaban de los mas horrorosos precipicios. Despues de una hora de descanso, y al doblar una colina, descubrimos el fantástico palacio de Dptedin, cerca de Deir-el-Kammar. Lanzamos entonces un grito involuntario de admiracion y de sorpresa, y detuvimos nuestros caballos para contemplar la escena nueva, pintoresca y oriental que se desplegaba ante nuestros ojos.

Una sábana inmensa de agua espumosa salia de la esclusa de un molino, á corta distancia de nosotros, y caía de una altura de cincuenta á sesenta pies sobre enormes rocas que la dividian en pedazos flotantes: el imponente ruido de esta cascada, y la frescura del agua, que cual húmedo polvo se esparcia en el aire, viniendo á humedecer nuestras abrasadas frentes, nos preparaban deliciosamente á la admiracion que nuestros sentidos se complacian en gozar.

Sobre esta caída de agua, que se perdia en abismos, cuyo fondo no alcanzaba la vista, se abria en círculo un vastísimo valle cultivado hasta la cumbre de los cerros, de que estaba circundado, plantado de moreras, viñas é higeras, todo cubierto de verdura fresca y ligera, y con algunas aldeas pintorescas sentadas sobre terraplenes en los declives ó laderas de los montes que forman el valle de Deirel-Kammar. Por un solo lado del horizonte se entreabria la cadena circular de los montes menos elevados del Líbano, y permitia ver por encima de sus cumbres el dilatado mar de Siria: *ecce mare magnum*, como dijo David. Ved allí abajo el inmenso mar con sus ondas, sus mugidos, y sus innumerables reptiles. David estaba allí tal vez cuando prorumpió en tan poética esclamacion. Con efecto, se distingue el mar de Egipto teñido de un azul mas subido que el del cielo, y confundido á lo lejos con el horizonte por la vaporosa niebla de color de violeta que se eleva sobre todas las costas de esta parte del Asia. En el centro de este valle inmenso nace y se eleva el collado de Dptedin, que sostiene el palacio del Emir como una torre inmensa flanqueada de rocas vestidas de yedra; dejando colgar de sus grietas y de sus picos á manera de almenas, grandes manojos de verdura flotante. La elevacion de este collado estaba al nivel del peligroso camino en donde estábamos nosotros, pero un estrecho pricipicio nos separaba de ella. El morisco palacio del emir se estendia magestuosamente por toda la plataforma del collado con sus cuadradas torres, taladradas ó dentadas con picos en sus remates. Las largas galerías que se elevaban unas sobre otras presentaban larguísimas filas de altas y ligeras arcadas, como los troncos de las palmeras coronados de aéreos penachos. Sus dilatados patios descendian en estensos escalones desde la cumbre del monte hasta los muros del recinto de las fortificiones. Al estremo del mas anchuroso que veíamos desde la elevacion en que nos en contrábamos, se presen-

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

taba el frontis irregular del palacio de las mujeres, adornado con ligeras y graciosas columnatas, cuyos troncos afilados y sutiles, y de formas irregulares y variadas, se elevaban hasta los techos y sostenian como un quitasol las ligeras colgaduras de madera pintada que servian de pórtico al harem. Una escalera de mármol guarnecida de balaustradas con esculpidos arabescos, conducia desde el pórtico á la puerta del palacio, y esta puerta de madera, labrada, pintada de diversos colores, colocada ó encajada en el mármol, y coronada con inscripciones árabes, se veia rodeada de esclavos negros magníficamente vestidos, y armados de pistolas plateadas, y de sables damasquinos, en cuyas guarniciones brillaba el oro cincelado. Los estensos patiós que estan delante del palacio se hallaban llenos tambien de criados, de cortesanos, de sacerdotes y soldados, con todos los variados y pintorescos trages con que se distinguen las cinco poblaciones del Líbano, el druzo, el cristiano, el armenio, el griego, el maronita y el metualis. Quinientos ó seiscientos caballos árabes atados por pies y cabeza á unas cuerdas tendidas al través de los patios, se veian ensillados, embridados y cubiertos de gualdrapas brillantes de todos los colores: muchos camellos estaban acostados ó de rodillas, para que los cargasen ó descargasen, y sobre el mas elevado terraplen del patio habia algunos pages á caballo, que corriendo los unos hacia los otros, y lanzándose el dgerid, evitaban el golpe tendiéndose sobre sus corceles; volvian despues á toda prisa contra su desarmado adversario, y hacian con gracia y admirable vigor las rápidas evoluciones de este ejercicio militar.

Despues de haber contemplado durante un corto rato esta escena oriental, tan nueva para nosotros, nos acercamos á la grande y maciza puerta del primer patio, guardada por árabes armados con fusiles y con espadas, cuyas hojas ligeras se parecian al tallo de la caña: desde allí enviamos al príncipe las cartas que traíamos para él, y pocos instantes despues nos envió á su primer médico Mr. Bertrand, nacido en Siria, de una familia francesa, el cual ha conservado el idioma y la memoria de su patria. Este nos condujo al aposento que nos ofrecia la hospitalidad del emir, y los esclavos acompañaron nuestra comitiva á otro departamento del palacio. Consistia nuestro aposento en un bonito patio, con una fuente en medio surtiendo en el centro de su pila de mármol. Al rededor de este patio habia tres piezas y un divan: este era un aposento de mayor estension que los demas, formado por una arcada que comunica al patio interior, y que no está cerrada con puertas ni cortinas. Puede considerarse como una transicion ó como una habitacion intermedia colocada entre la casa y la calle, que sirve de jardin á los perezosos musulmanes; y cuya inmóvil sombra reemplaza para ellos la sombra de los árboles, que carecen de la industria de plantar, y de aliento para ir á buscarlos en donde la naturaleza los produce. Nuestros aposentos en este magnífico palacio hubieran parecido ruinosos al mas pobre labrador de nuestras aldeas: las ventanas carecian de vidrieras, pues este lujo es desconocido en Oriente: á pesar del rigor del invierno, y en medio de estos montes, ni allí habia camas, ni muebles, ni sillas: solo teniamos paredes desnudas y

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

viejas, llenas de agujeros hechos por los ratones y los lagartos, y por piso, la tierra deshecha, desigual y mezclada con paja cortada. Los esclavos trajeron esteras de junco, que estendieron en el suelo, y alfombras de damasco, con que cubrieron las esteras: despues trajeron una mesita de Bethleem hecha de madera embutida de nácar; pero con solo medio pie de diámetro, é igual elevacion; asi es que se parecia á un pedazo de columna cortada. Estas reducidas mesas no pueden sostener mas que una fuente, sobre la cual colocan los musulmanes los cinco ó seis platos de que consta su comida.

Consistió la nuestra en arroz cocido con manteca y carne, en un plato de leche ágria, mezclada con aceite, en algunos pedazos de carnero picados, de los cuales habian hecho un pilon de arroz cocido, con lo que se rellenan calabazas semejantes á nuestros cohombros. Este es el mas sabroso y esquisito plato que se come en Oriente: en cuanto á bebida hay que contentarse con agua pura, servida en jarros de barro con largos picos, que pasan de mano en mano, por los que se derrama el agua en la boca entreabierta sin que toquen los labios en ellos. Nada de cuchillos, de cucharas ni tenedores; se come con las manos, pero las continuas abluciones hacen menos repugnante esta costumbre para los musulmanes.

Al acabar de comer recibimos recado de que nos esperaba el emir. Entonces atravesamos un dilatado patio adornado con fuentes, y un pórtico formado con delgadas columnas que se elevaban desde el suelo, y sostenian el techo del palacio. Nos introdujeron en una hermosa sala, cuyo pa-

vimento era de mármol, y sus techos y paredes pintados de muy vivos colores, con arabescos elegantes, por artistas de Constantinopla. En los ángulos habia surtidores de agua, y en el fondo y detras de una columnata que en los intercolumnios tenia rejas y vidrieras, se descubria durmiendo un enorme tigre, con la cabeza apoyada sobre sus cruzadas patas. La mitad de la sala estaba llena de secretarios con sus largos vestidos y tinteros de plata atravesados por la cintura á manera de puñal; de árabes ricamente vestidos y armados, de negros y de mulatos esperando las órdenes de su dueño, y de algunos oficiales egipcios con chaquetas europeas, y gorros griegos en la cabeza con una larga borla azul colgando hasta los hombros. El resto de la sala estaba un pie mas elevada que la otra mitad, rodeada toda con un ancho divan de terciopelo encarnado. El emir, que vimos sentado en el ángulo del divan, era un viejo de aspecto hermoso, con ojos vivos y penetrantes, el cutis fresco y animado, y la barba canosa: llevaba un vestido blanco con un cinturon de cachemir encarnado que le cubria todo, y por los pliegues de su vestido, á la altura del pecho, se descubria el brillante mango de su ancho y largo puñal con una joya de diamantes del tamaño de una naranja. Le saludamos segun el uso del pais, llevando primero nuestra mano á la frente, despues sobre el corazon: él nos volvió el saludo con gracia y sonriendo; nos hizo acercar y sentarnos junto á él sobre el divan. Un intérprete estaba de rodillas entre él y nosotros. Tomé la palabra, y le manifesté el placer que me cabia en recorrer la interesante y bella region que gobernaba con tanta fir

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

meza y prudencia, y añadí, entre otras cosas, que el mayor elogio que podia hacer de su administracion, era el de encontrarme allí, porque la seguridad de los caminos lo permitian; y la riqueza de la agricultura, el órden y la paz de las ciudades, eran testimonios que publicaban la virtud y el talento del príncipe. Me dió las gracias, y me hizo muchísimas preguntas sobre la Enropa; especialmente sobre la política que esta observaba en la lucha de los turcos y de los egipcios, las cuales manifestaban todo el interés que tenia en esta cuestion, y su conocimiento é inteligencia en negocios tan poco comunes á un príncipe del Oriente.

Trajeron el café y las largas pipas, que se renovaron muchas veces, y la conversacion duró cerca de una hora.

Quedé asombrado de la prudencia y de las luces de este anciano príncipe, como asimismo de la dignidad y nobleza de sus modales; y me levanté despues de esta larga conversacion para acompañarle á los baños, que quiso enseñarnos él mismo. Estos consisten en cinco ó seis salas embaldosadas de mármol, con bóvedas y paredes de estuco, y pintadas por artistas de Damasco. Del piso salian surtidores de agua caliente, fria ó tibia, y esparcian su temperatura en las salas: la última era un baño de vapor, donde no pudimos permanecer un minuto. En estas salas hallábanse muchos y hermosos esclavos blancos con el cuerpo desnudo y las piernas envueltas en un chal de seda cruda para ejercer las funciones de bañeros. El príncipe nos propuso que nos bañásemos con él; pero no aceptamos su ofrecimiento, y le dejamos en manos de sus esclavos que iban á desnudarle.

Uno de sus escuderos nos acompañó á ver los patios y las cuadras en donde estaban atados los magníficos caballos árabes.

Es preciso haber visto las caballerizas de Damasco, ó las del emir Beschir, para tener una idea del caballo árabe. Este soberbio y gracioso animal pierde mucho de su hermosura, de su mansedumbre y de su figura original cuando se le trasplanta de su pais y de sus hábitos á nuestros climas frios y á la sombria soledad de nuestras cuadras. Debe uno verle á la puerta de la tienda del árabe del desierto, con la cabeza entre las piernas, sacudiendo sus largas y negras crines, como un movible quita-sol, y barriendo ó halagando sus bruñidos costados con el látigo en continuo giro de su poblada cola, cuya estremidad está siempre pintada de encarnado; es preciso contemplarle con aquellas mantillas brillantes, bordadas de oro y de perlas, la cabeza cubierta con la mosquitera de mornel, de seda encarnada ó azul, entretejida con hilo de plata ó de oro y sus cabos flotantes que caen de su frente hasta sus narices, con los que cubre ó descubre á cada movimiento de su cuello el globo inflamado de su ojo grande é inteligente, apacible y altivo á un mismo tiempo; es preciso verlos en gran número como allí, que habia doscientos ó trescientos, unos tendidos sobre el polvo del patio, otros trabados con anillos de hierro y atados á las largas cuerdas que atraviesan los patios, y los demas corriendo á escape sobre la arena y salvando de un salto las filas de camellos que se oponian á su carrera. Algunos, sujetos por la mano de muchachos, esclavos negros, vestidos con chaquetas en-

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

carnadas, descansaban cariñosamente sus cabezas sobre los hombros de estos niños: y los otros jugando libres y retozándo como los potros en un prado, se levantaban dos á la vez frotándose la frente una contra otra, ó lamiéndose recíprocamente el reluciente y plateado pelo. Unos y otros nos miraban con inquieta y curiosa atencion, chocándoles nuestros trages europeos, y nuestro idioma estrangero; pero se familiarizaban pronto y venian graciosamente á ofrecer sus cuellos á los halagos y caricias de nuestra mano. Es increible la movilidad y trasparencia de las fisonomias de estos caballos cuando no se les ha visto de este modo: todas sus sensaciones se dibujan en sus ojos y en el convulsivo movimiento de su boca y narices, casi con tan marcada evidencia, como sucede á un niño que no ha llegado al uso de la razon con las impresiones que esperimenta. Cuando nos acercábamos á ellos por la primera vez, daban muestras de repugnancia y de cierta curiosidad, enteramente semejantes á las que podria hacer una criatura impresionable al aspecto de un objeto imprevisto y que la causa recelo. Nuestra lengua les asombraba mucho sobre todo; y el movimiento de sus orejas, ya derechas é inclinadas, adelante ó atrás, manifestaban su inquietud y su sorpresa. Admiré especialmente la magnificencia y hermosura de muchas yeguas que no tienen precio, reservadas para el emir. Por medio del dragoman ofrecí al escudero hasta diez mil piastras (sobre tres mil y pico de francos) por una de las mas bonitas, pero no hay interés que decida á los árabes á desprenderse de una yegua de la primera raza, y no pude adquirirla.

Al declinar la tarde, volvimos á nuestros aposentos, y se nos sirvió una cena igual á la comida. Algunos oficiales del emir vinieron á visitarnos de su parte; su primer médico Mr. Bertrand pasó la velada con nosotros, y pudimos conversar con él á beneficio de un poco de italiano y francés que habia conservado de su familia; este caballero nos dió los mas interesantes detalles acerca de la vida interior del emir de los druzos.

El príncipe, aunque de edad de setenta y dos años, ha perdido recientemente su primera mujer, á quien debe toda su fortuna, y acababa de volverse á casar: nosotros sentimos no poder conocer á su nueva esposa, que dicen es hermosísima. Solo tiene quince años, y es una esclava circasiana, que el emir mandó comprar en Constantinopla, y á la que ha hecho adoptar el cristianismo antes de casarse con ella, porque el emir es cristiano y aun católico. Oficialmente observa todos los cultos: es musulman con los musulmanes, druzo con los druzos, y cristiano con los cristianos. En su palacío hay dos mezquitas y una iglesia; pero la religion de su corazon es verdaderamente la católica. Su política es tal, y el respeto que infunde su nombre está tambien establecido, que su fe cristiana no inspira ni recelo ni repugnancia á los árabes musulmanes, ni á los druzos y metualis que viven bajo su imperio: á todos hace justicia, y todos le respetan igualmente.

Despues de la cena nos envió el emir algunos de sus músicos y cantores, los cuales improvisaron versos árabes en honor nuestro: entre sus dependientes hay árabes dedicados únicamente á esta

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

clase de ceremonias, y son exactamente como los trovadores en los castillos de la edad media, ó como lo son en Escocia los poetas populares. Se ponen de pie colocándose detrás del almohadon del emir ó de sus hijos mientras comen y cantan, é improvisan versos en alabanza de sus amos ó de los convidados á quienes intentan obsequiar. Nosotros hicimos que Mr. Bertrand nos tradujera algunos de ellos, y en general son muy insignificantes ó envuelven tan originales ideas, que es imposible traducirlas ó espresarlas con palabras é imágenes apropiadas á nuestras lenguas europeas.

Tan solo un pensamiento pude hallar espresado con bastante claridad; lo anoté en mi album, y lo ofrezco á los lectores, como muestra.

«Es alado vuestro buque, pero es alado tambien el caballo del árabe. Cuando vuela sobre nuestras montañas, sus narices producen el mismo ruido que el viento cuando hiere las velas del buque. El movimiento de su rápido galope es como las corrientes del mar para el corazon de los débiles; pero regocija el corazon del árabe. ¡Pueda su espalda ser para vosotros un asiento de honor, y llevaros frecuentemente al divan del emir!»

Encontrábase entonces entre los secretarios del príncipe uno de los mejores poetas de la Arabia: yo lo ignoraba, y no lo supe hasta mas tarde. Cuando averiguó por otros árabes que yo era poeta europeo, me dirigió unos versos llenos de afectacion, atestados de ideas escogidas, y de esos fuegos fatuos de palabras que forman el tipo de las civilizaciones envejecidas, pero que en medio de

estos defectos respiran una grande elevacion y un órden de ideas muy superior á lo que nos figuramos en Europa.

Pasamos la noche sobre los almohadones del divan, estendidos sobre la estera, descansando al rumor de los surtidores de agua que murmuraban por todos los lados del jardin, en los patios y en las salas de esta parte del palacio. Apenas se hizo de dia ví al través de las rejas muchos musulmanes que hacian oracion en el gran patio. Para esto estienden en tierra una alfombra: se mantienen en pie, despues se inclinan sin doblarse, tocan muchas veces la alfombra con la frente, y teniendo el rostro vuelto siempre hácia el lado de la mezquita, se acuestan boca abajo sobre la alfombra y golpean la tierra con la frente. Despues se levantan y repiten muchas veces las mismas ceremonias recitando oraciones. Yo no he encontrado nada de ridículo en estas ceremonias, por estrañas que nos parezcan: la fisonomía de los musulmanes tiene tan impreso el sentimiento religioso que espresan con sus gestos, que yo no puedo menos de respetar su oracion, como dirigida al Dios único: he notado siempre que la idea de la Divinidad desciende y obra sobre el hombre, imprimiéndole una dignidad sobrehumana: el cristiano puede decir:

«Yo no oro como tú, pero oro al Señor de los dos; al Señor en quien tú crees, y á quien quieres reconocer y honrar del mismo modo que yo le reconozco y honro bajo distinta forma: no me es permitido, pues, burlarme de tí: solo Dios es el que debe juzgarnos.»

Pasamos la mañana siguiente en recorrer los

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

palacios de los hijos del emir, que se hallan á poca distancia del de su padre; una iglesia católica, semejante á las de nuestros pueblos pequeños de Francia ó de Italia y los jardines del palacio. El emir Beschir ha hecho edificar una magnífica casa de campo á una milla de Dptedin: este es el término de sus paseos á caballo, y casi el único camino en donde puede galopear sin riesgo un caballo, aun cuando sea árabe: todos los demas senderos que conducen á Dptedin son tan escarpados y suspendidos tan peligrosamente sobre los bordes, cortados á pico en los precipicios, que no se pueden atravesar ni aun al paso sin estremecerse.

Antes de abandonar á Dptedin y Deir-el-Kammar, he copiado las notas curiosas y verídicas que he recogido en estos mismos sitios acerca del hábil y del guerrero anciano que acabamos de visitar.

NOTAS HISTORICAS SOBRE EL EMIR BESCHIR.

Habiendo muerto el último descendiente del emir Fakardin, pasó el mando de los montes á manos de la familia Chab, que hace ciento y diez años se ha establecido en el Líbano. Las antiguas crónicas árabes del desierto de Damasco refieren las siguientes particularidades.

Como al principio del primer siglo de la hegira, en la época en que los ejércitos de Abubekr invadieron la Siria, un hombre de un estraordinario valor llamado Abdalla, habitante del lugar de Bet-Chiabi en el desierto de Damasco, se cubrió de gloria en el sitio de esta ciudad, y fué muerto á los pies de sus muros. El general musulman colmó de beneficios á su familia, que dejó entonces á Bet Chiabi, y se estableció en Housbaye, situado en el anti-Líbano. Todavía se encuentra el tronco primitivo de esta familia, de la cual ha salido la rama que reina actualmente sobre el Líbano.

Beschir el emir, uno de los descendientes de Abdalla, quedó huérfano cuando tenia poca edad: su padre, el emir Hassen, habia sido revestido de la pelliza de kaken, y recibido el anillo del mando, cuando el emir Milhen su tio abandonó los negocios para acabar sus dias tranquilamente en el retiro; pero Hassen no mostró, ni talento ni enerjia en la administracion, y Milhen obligado á encargarse del mando nuevamente, tuvo que reparar las faltas de su sobrino, y calmar las agitaciones que habia suscitado su impericia.

El poder, como lo refiere Wolney, pasó de Mansur á Jussef, el uno padre, é hijo el otro de Milhem. Cuando Jussef tomó el mando por la vez primora, Beschir el emir solo tenia siete años: Jussef lo tomó á su cargo, y lo hizo educar con todo esmero. Algunos años despues, habiendo reconocido en él bizarría y talento le hizo entrar en los negocios de su gobierno.

Entonces, Djezar, pachá de Acre, que habia sucedido á Dahor, molestaba hacia mucho tiempo al emir Jussef con ataques y con exorbitantes impuestos: declaróse la guerra, pero no pudiendo Beschir seguir á su tio en esta espedicion, no tuvo parte en la segunda campaña contra Djezar-pachá hasta el año 1784. Entonces el jóven Beschir, que solo tenia veintiun años, corrió un riesgo terrible en la ciudad de Ryde, de la que se habian apoderado los druzos. Obligado á aban-

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.